

Cena jocosa (Fragmentos)

Autor: Baltasar de Alcázar

En Jaén, donde resido,
vive don Lope de Sosa,
y diréte, Inés, la cosa más brava
de él que has oído.

Tenía este caballero
un criado portugués...;
pero cenemos, Inés,
si te parece, primero.

La mesa tenemos puesta;
lo que se ha de cenar, junto;
las tazas del vino a punto;
falta comenzar la fiesta.

Rebana pan. ¡Bueno está!
La ensaladilla es del cielo;
y el salpicón, con su ajuelo,
¿no miras qué tufo da?

Comienza el vinillo nuevo,
y échale la bendición;
yo tengo por devoción
de santiguar lo que bebo.

La ensalada y salpicón hizo fin;
¿Qué viene ahora? La morcilla.
¡Oh gran señora, digna de veneración!

¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué través y enjundias tiene!
Páreceme, Inés, que viene
para que demos en ella.

Pues, ¡sus!, encójase y entre,
que es algo estrecho el camino.
¡No eches agua, Inés, al vino,
no se escandalice el vientre!

¡Alegre estoy, vive Dios!
Mas oye un punto sutil:
¿no pusiste allí un candil?...
¿Cómo remanecen dos?

Ya que, Inés, hemos cenado tan bien
y con tanto gusto, parece
que será justo volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés, hermana,
que el portugués cayó enfermo.
Las once dan; yo me duermo;
quédese para mañana.

La Pobre Viejecita

Autor: Rafael Pombo (Fragmentos)

Érase una viejecita
sin nadita que comer,
sino carnes, frutas, dulces,
tortas, huevos, pan y pez.

Bebía caldo, chocolate, leche,
vino, té y café, y la pobre
no encontraba qué comer
ni qué beber.

Y esta vieja no tenía
ni un ranchito en que vivir,
fuera de una casa grande
con su huerta y su jardín.

Nunca tuvo en qué sentarse
sino sillas y sofás,
con banquillos y cojines
y resorte al espaldar.

Y esta pobre viejecita,
cada año hasta su fin,
tuvo un año más de vieja
y uno menos que vivir.

Y al mirarse en el espejo
la espantaba siempre allí
otra vieja de antiparras,
papelina y peluquín.

Y esta pobre viejecita
no tenía qué vestir
sino trajes de mil cortes
y de telas mil y mil.

Y a no ser por sus zapatos,
chanclas, botas y escarpín,
descalcita por el suelo
anduviera la infeliz.

Apetito nunca tuvo
acabando de comer,
ni gozó salud completa
cuando no se hallaba bien.

Se murió del mal de arrugas
ya encorvada como un tres,
y jamás volvió a quejarse
ni de hambre ni de sed.

Duerma en paz, y Dios permita
que logremos disfrutar
las pobrezas de esa pobre
y morir del mismo mal.

Irrupción en la luz (Fragmentos)

Autor: Gabriel Celaya

Se acerca a la bicicleta.
La máquina se encabrita
y se pone en una rueda
relinchando de alegría.

Ya la doma. Ya la monta.
Ya se mete de perfil
mundo adelante,
y su timbre suena:
¡Abril, abril, abril!

Ascensores verticales
escapan por los tejados.
Para que bajen,
ofrece miga
de pan en su mano.

En el balcón, las muchachas
se están peinando la brisa.
O cosen y enhebran largos hilos
de melancolía.

A veces, frente al espejo,
se confunden y le pintan
los labios a su reflejo.
Y creen que eso es poesía.

El día se ha vuelto loco.
Lo vulgar es un milagro.
La luz nos pone en el pecho
su pistola y nos da el alto.

Los tilos duermen de pie.
Todo el azul va a cuajar.
Acabaremos cogidos
en un bloque de cristal.

Pedaleo, pedaleo,
pero sigo donde estoy.
El corazón en mi pecho
está tocando el tambor.

Por un triángulo – lupa -,
la providencia me mira.
¿Por qué sólo con un ojo?
¿No será que Dios me guiña?

El niño yuntero
(Fragmentos)
Autor: Miguel Hernández

Carne de yugo, ha nacido
más humillado que bello,
con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello.

Nace como la herramienta,
a los golpes destinado
de una tierra descontenta
y un insatisfecho arado.

Empieza a sentir, y siente la vida
como una guerra, y a dar fatigosamente
en los huesos de la tierra.

Contar sus años no sabe,
y ya sabe que el sudor
es una corona grave
de sal para el labrador.

Cada nuevo día es más raíz,
menos criatura, que escucha
bajo sus pies la voz de la sepultura.

Y como raíz se hunde
en la tierra lentamente
para que la tierra inunde
de paz y panes su frente.

Me duele ese niño hambriento
como una grandiosa espina,
y su vivir ceniciento
revuelve mi alma de encina.

Le veo arar los rastros,
y devorar un mendrugo,
y declarar con los ojos
que por qué es carne de yugo.

Me da su arado en el pecho
y su vida en la garganta,
y sufro viendo el barbecho
tan grande bajo su planta.

¿Quién salvará este chiquillo
menor que un grano de avena?
¿De dónde saldrá el martillo
verdugo de esta cadena?

Que salga del corazón
de los hombres jornaleros,
que antes de ser hombres
son y han sido niños yunteros.

Oda al otoño
(Fragmentos)
Autor: Pablo Neruda

Ay, cuánto tiempo,
tierra, sin otoño.
¡Cómo pudo vivirse!
Desde otra estrella
caen gotas de plata.

Hay que saber callar
en todos los idiomas
y en todas partes,
siempre, dejar caer, caer,
dejar caer, caer las hojas.

Se respira el cambio de fronteras,
de la humanidad al viento,
del viento a las raíces.
Algo sordo, profundo,
trabaja bajo la tierra
almacenando sueños.

Por eso, otoño, camarada alfarero,
constructor de planetas,
electricistas, preservador de trigo,
te doy mi mano de hombre a hombre
y te pido me invites a salir a caballo,
a trabajar contigo.

Modesto es el otoño
como los leñadores.
Cuesta mucho sacar
todas las hojas
de todos los árboles
de todos los países.

Siempre quise ser aprendiz de otoño,
ser pariente pequeño
del laborioso mecánico de altura,
galopar por la tierra
repartiendo oro, inútil oro.

La primavera las cosió volando,
y ahora hay que dejarlas caer
como si fueran pájaros amarillos.

Pero mañana, otoño,
te ayudaré a que cobren
hojas de oro
los pobres del camino.

No es fácil.
Hace falta tiempo.
Hay que correr
por todos los caminos,
hablar idiomas,
sueco, portugués,
hablar en lengua roja,
en lengua verde.

Otoño, buen jinete,
galopemos, antes que nos ataje
el negro invierno.

El burro flautista
Autor: Tomás de Triarte

Esta fabulilla,
salga bien o mal,
me ha ocurrido
ahora por casualidad.

Cerca de unos prados
que hay en mi lugar,
pasaba un borrico por casualidad.

Una flauta en ellos halló,
que un zagal se dejó olvidada
por casualidad.

Acercóse a olerla el dicho animal,
y le dio un resoplido
por casualidad.

En la flauta
el aire se hubo de colar,
y sonó la flauta por casualidad.

«¡Oh» – dijo el borrico -,
« qué bien sé tocar!
; Y dirán que es mala
la música asnal! »

Sin reglas del arte
borriquitos
hay que una vez
aciertan por casualidad.

Niña

Autor: Octavio Paz

Nombras el árbol, niña.
Y el árbol crece, lento y pleno,
anegando los aires,
verde deslumbramiento,
hasta volvernos verde la mirada.

Nombras el cielo, niña.
Y el cielo azul, la nube blanca,
la luz de la mañana
se meten en el pecho
hasta volverlo
cielo y transparencia.

Nombras el agua, niña.
Y el agua brota, no sé dónde,
bajo la tierra negra,
reverdece la flor,
brilla en las hojas
y en húmedos vapores
nos convierte.

No dices nada, niña.
Y nace el silencio
la vida en una ola
de música amarilla;
su dorada marea
nos alza a plenitudes,
nos vuelve a ser nosotros,
extraviados.

¡Niña que me levanta y resucita!
¡Ola sin fin, sin límites, eterna!

Canción

Autor: José Hierro

Hay que salir al aire, ¡de prisa!
Tocando nuestras flautas,
alzando nuestros soles,
quemando la alegría.

Hay que invadir el día,
apresurar el paso, ¡de prisa!
antes que se nos eche
la noche encima.

Hay que salir al aire,
desatar la alegría,
llenar el universo
con nuestras vidas,
decir nuestra palabra
porque tenemos prisa.

Y hay muchas cosas nuestras
que acaso no se digan.
Hay que invadir el día
tocando nuestras flautas,
alzando nuestros soles,
quemando la alegría.

Plaza Mayor

Autor: Manuel Alcántara

Por los caminos
últimos del agua,
por cada carretera polvorienta,
gentes de España.

Leñadores del viento,
tratantes de los campos de la patria;
todos los que crecieron en la aldea
mirando lluvia en la ventana.

Terratenientes de la luna,
jornaleros sin fin de la esperanza,
esperan que se crucen los caminos
y han puesto en las paredes
la ancha espalda.

Por cada carretera polvorienta,
por cada acequia turbia de mañana,
por todas partes te he encontrado...
Plaza Mayor de España.

Martín Fierro
(Fragmento)
José Hernández

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vihuela,
que el hombre que lo desvela
una pena extraordinaria,
como la ave solitaria
con el cantar se consuela.

Pido a los santos del cielo
que ayuden mi pensamiento;
les pido en este momento
que voy a cantar mi historia,
me refresquen la memoria
y aclaren mi entendimiento.

Yo no soy cantor letrao;
más si me pongo a cantar
no tengo cuando acabar
y me envejezco cantando;
las coplas me van brotando
como agua de manantial.

Con la guitarra en la mano,
ni las moscas se me arriman;
nades me pone el pie encima
y cuando el pecho se entona
hago gemir a la prima
y llorar a la bordona.

Yo soy toro en mi rodeo
y torazo en rodeo ajeno;
siempre me tuve por güeno,
y si me quieren probar,
salgan otros a cantar
y veremos quién es menos.